

CARTAS DE PLINIO EL JOVEN A TACITO

SOBRE LA MUERTE DE PLINIO EL VIEJO

G. PLINIO A SU TÁCITO, SALUDOS.

Me pides que te cuente el final de mi tío, para poderlo transmitir más fielmente a la posteridad. Te lo agradezco, pues entiendo que su muerte, si tú la solemnizas, está destinada a alcanzar la gloria inmortal. Porque aunque su tránsito haya sido el de tantos pueblos y ciudades, en la destrucción de una región bellísima, este hecho inolvidable le asegura una vida inmortal, y aunque él mismo haya dejado numerosas obras dignas de ser recordadas, la eternidad de tus escritos contribuirá a su recuerdo. Considero afortunados a los hombres que han recibido de los dioses el don de hacer cosas dignas de ser escritas, o de escribir cosas dignas de ser leídas; pero, reputo, como más afortunados todavía a los que pudieron hacer ambas cosas. Entre estos estará mi tío, tanto por sus libros como por los tuyos. Por eso emprendo de buen grado lo que me pides, es más, te lo reivindico.

Estaba en Miseno al mando de la flota. El noveno día antes de las calendas de septiembre mi madre le advirtió que se divisaba una nube de tamaño y forma insólitos. Habiendo tomado el baño de sol, y después el de agua fría, reposando había tomado un refrigerio, y estudiaba. Se pone las sandalias y sube a un lugar desde donde pudiera observarse mejor aquella maravilla. Se elevaba una nube —los que se la miraban de lejos no sabían muy bien de que montaña salía, después se supo que del Vesubio—, su aspecto y forma se parecía a la silueta de un pino. Pues proyectándose en el aire, como un tronco larguísimo, se ramificaba. Creo que sucedía así porque, al debilitarse la corriente que la impulsaba, la nube, carente de esa fuerza o, tal vez, vencida por su propio peso, se ensanchaba. Tan pronto era blanca como sucia y manchada, según lo que transportara fuera tierra o ceniza.

A él, como hombre de erudición, aquel espectáculo le pareció extraordinario y digno de ser conocido más de cerca. Mandó aparejar una liburna y me dio permiso para ir con él, si yo quería. Le respondí que prefería quedarme a estudiar. Precisamente él me había dado un texto para escribir. Ya salía de casa cuando recibió una nota de Retina, mujer de Tasco, que aterrorizada por el inminente peligro —pues su villa se asentaba a los pies de la montaña y no le quedaba más salida que el mar—, le rogaba que la librara de tan extrema situación. Él,

C. PLINIVS TACITO SVO S.

Petis ut tibi auunculi mei exitum scribam, quo uerius tradere posteris possis. gratias ago: nam uideo morti eius, si celebretur a te, immortalem gloriam esse propositam. quamuis enim pulcherrimarum clade terrarum, ut populi, ut urbes, memorabili casu quasi semper uicturus occiderit, quamuis ipse plurima opera et mansura condiderit, multum tamen perpetuitati eius scriptorum tuorum aeternitas addet. equidem beatos puto quibus deorum munere datum est aut facere scribenda aut scribere legenda, beatissimos uero quibus utrumque. horum in numero auunculus meus et suis libris et tuis erit. quo libentius suscipio, deosco etiam quod iniungis.

Erat Miseni classemque imperio praesens regebat. nonum Kal. Septembres hora fere septima mater mea indicat ei apparere nubem inusitata et magnitudine et specie. usus ille sole, mox frigida, gustauerat iacens studebatque: poscit soleas, ascendit locum ex quo maxime miraculum illud conspici poterat. nubes (incertum procul intuentibus ex quo monte, Vesuuium fuisse postea cognitum est) oriebatur, cuius similitudinem et formam non alia magis arbor quam pinus expresserit. nam longissimo uelut trunco elata in altum quibusdam ramis diffundebatur, credo, quia recenti spiritu euecta, dein senescente eo destituta aut etiam pondere suo uicta in latitudinem uanescebat, candida interdum, inter dum sordida et maculosa, prout terram cineremue sustulerat.

Magnum propiusque noscendum, ut eruditissimo uiro, uisum. iubet liburnicam aptari: mihi si uenire una uellem, facit copiam: respondi studere me malle, et forte ipse quod scriberem dederat. egrediebatur domo: accipit codicillos Rectinae Tasci imminenti periculo exterritae (nam uilla eius subiacebat, nec ulla nisi nauibus fuga): ut se tanto discrimini eriperet orabat. uertit ille consilium et quod studioso animo incohauerat obit maximo. deducit quadrimeres, ascendit ipse non Rectinae modo sed multis (erat enim frequens amoenitas orae) laturus auxilium. properat illuc unde alii fugiunt rectumque cursum, recta gu-

bernacula in periculum tenet, adeo solutus metu, ut omnes illius mali motus, omnes figuras, ut deprenderat oculis, dictaret enotaretque.

Iam nauibus cinis incidebat, quo propius accederent, calidior et densior, iam pumices etiam nigrique et ambusti et fracti igne lapides, iam uadum subitum ruinaeque montis litora obstantia. cunctatus paulum, an retro flecteret, mox gubernatori ut ita faceret monenti 'fortes' inquit 'fortuna iuuat, Pomponianum pete.' Stabiis erat, diremptus sinu medio (nam sensim circumactis curuatisque litoribus mare infunditur): ibi, quamquam nondum periculo appropinquante, conspicuo tamen et cum cresceret proximo, sarcinas contulerat in naues certus fugae, si contrarius uentus resedisset. quo tunc auunculus meus secundissimo inuectus complectitur trepidantem, consolatur, hortatur, utque timorem eius sua securitate leniret, deferri in balineum iubet: lotus accubat, cenat aut, hilaris aut, quod aeque magnum, similis hilari.

Interim e Vesuuio monte pluribus locis latissimae flammae altaeque incendia relegebant, quorum fulgor et claritas tenebris noctis excitabatur. ille agrestium trepidatione ignes relictos desertasque uillas per solitudinem ardere in remedium formidinis dicitabat. tum se quieti dedit et quieuit uerissimo quidem somno. nam meatu animae, qui illi propter amplitudinem corporis grauior et sonantior erat, ab iis qui limini obuersabantur audiebatur. sed area ex qua dieta adibatur ita iam cinere mixtisque pumicibus oppleta surrexerat, ut, si longior in cubiculo mora, exitus negaretur. excitatus procedit seque Pomponiano ceterisque qui peruigilant reddidit. in commune consultant, intra tecta subsistant an in aperto uagentur. nam crebris uastisque tremoribus tecta nutabant et quasi emota sedibus suis nunc huc nunc illuc abire aut referri uidebantur. sub dio rursus quamquam leuium exesorumque pumicum casus metuebatur; quod tamen periculorum collatio elegit. et apud illum quidem ratio rationem, apud alios timorem timor uicit. ceruicalia capitibus imposita linteis constringunt: id munimentum aduersus incidentia fuit.

Ais te adductum litteris quas exigenti tibi de morte auunculi mei scripsi cupere cognoscere, quos ego Miseni relictus (id enim ingressus abruperam) non solum metus uerum etiam casus pertulerim. 'quamquam animus meminisse horret, incipiam'.

Profecto auunculo ipse reliquum tempus studiis (ideo remanseram) impendi: mox balineum, cena, somnus inquietus et breuis. praecesserat per multos dies tremor terrae minus formidolosus, quia Campaniae solitus. Illa uero nocte ita inualuit,

entonces, cambió de parecer y descartó rápidamente aquello que había emprendido por amor a la ciencia. Varó algunos cuadrirremes y se hizo a la mar, para socorrer no sólo a Retina, sino también a muchos otros, ya que el litoral se había convertido en una zona de recreo muy frecuentada. Toma el camino más corto hacia donde los demás huyen, tiene el timón encarado al peligro, y sin miedo alguno, dictaba y anotaba todos los cambios, todos los aspectos de aquella desdicha, tal como los ojos le iban mostrando.

Ya la ceniza caía en las naves, más caliente y más espesa a medida que se acercaba. Ya caían rocas e incluso piedras ennegrecidas, calcinadas y trituradas por el fuego, ya el mar se abría en un súbito badén y la runa llenaba las playas de fáfago. Vaciló un instante si debía retroceder. Pero, en seguida, gritó al piloto que le instaba a hacerlo: «La fortuna favorece a los audaces. Vayamos a casa de Pomponio». Éste se encontraba en Stabia, y la mitad del golfo —pues el mar se adentra a causa de la curvatura insensible de la playa— le separa de nosotros. Allí, —aunque el peligro no se acercaba por aquel lado, era visible y como aumentara sería inminente— Pomponio había llevado sus pertenencias a las naves decidido a huir si calmaba el viento contrario. Empujado por este viento, que le era favorable, mi tío llega y abraza a su trémulo amigo, lo conforta, lo anima y para apaciguar con su serenidad el temor del otro, pide que se prepare el baño. Después del mismo, se sienta a la mesa, y cena alegremente o, lo que es igualmente admirable, fingiendo estar alegre.

Entretanto, en el monte Vesubio resplandecían, en varios puntos, enormes llamas y vastos incendios, cuya claridad y luz estaba acentuada por las tinieblas de la noche. Él no se cansaba de repetir, para atenuar el pánico, que aquello eran hogueras de los campesinos y villas abandonadas a causa de la sacudida que ardían en la soledad. Entonces se fue a dormir, y, verdaderamente, durmió profundamente. Pues sus ronquidos, que en él eran graves y más ruidosos a causa de la pesadez de su cuerpo, eran oídos por los que vigilaban la puerta. Pero el patio, por el que se iba a la habitación, comenzaba ya a llenarse de tal modo de cenizas y de pedruscos que, por poco que se hubiera entretenido en el cubículo, salir hubiera sido imposible. Despierta, sale y va a reunirse con Pomponio y los demás que habían permanecido en vela. Deliberan si permanecerán bajo techo o si vagarán al raso. Porque frecuentes y prolongadas sacudidas removían los cimientos; y casi desplazados de su base, ahora aquí, ahora allá, hubiérais dicho que iban o venían. Por el contrario, al raso, se temía la caída de piedras, aunque ligeras y porosas. La comparación de estos dos peligros le hizo escoger este último. Y en él, ciertamente, eso fue el triunfo de la razón sobre la razón, en los otros el del miedo sobre el miedo. Se pusieron cojines en la cabeza, y los aseguraron con trapos. Esta fue su armadura contra lo que caía.

Ya era de día en otros lugares, allí una noche más negra y más densa que todas las noches juntas, atemperada, por abundantes antorchas y luces diversas. Quiso ir a la playa y ver de cerca qué permitía el mar, el cual persistía desierto y le era contrario. Allí, echándose sobre una sábana, tendido pidió y bebió agua fresca, dos veces. Después las llamas, y, precursor de las llamas el olor de azufre, ponen a los otros en fuga y lo despiertan. Se levantó sostenido por dos criados y en seguida cayó como un fardo, es lo que yo deduzco, porque la calina demasiado espesa le había obstruido la respiración y le oprimió el estómago, que tenía de natural delicado y pequeño y le provocaba vómitos frecuentes. Cuando volvió a clarear —éste era el tercer día que él había dejado de ver— su cuerpo fue hallado entero, intacto, vestido tal como iba: por su actitud más parecía estar dormido que muerto.

Mientras tanto, yo y mi madre estábamos en Miseno... Pero esto ya no interesa a la historia, ni tú tampoco has querido saber otra cosa que su viaje. Por lo tanto terminaré aquí. Y sólo añadiré: te lo he contado todo tal como yo lo ví, o tal como lo escuché contar una vez sucedido, es decir, cuando los recuerdos estaban más frescos. Escoge lo que te convenga. Pues no es lo mismo escribir una historia, que escribir para un amigo, que escribir para todos. Adiós. (Epístola VI, 16).

G. PLINIO A TÁCITO, SALUD

Me dices que inducido por mi carta que, a petición tuya, te escribí sobre la muerte de mi tío, deseas saber los miedos e incluso los peligros que soporté cuando me quedé en Miseno —aquí se interrumpía en efecto mi narración— «Aunque mi pensamiento se conmueve al recordarlo comenzaré»...

Después que mi tío se hubo marchado, empleé el tiempo restante en el estudio, pues precisamente me había quedado para eso. Después vino el baño, la cena y un sueño agitado y breve. Por espacio de muchos días se habían producido temblores de tierra, no muy alarmantes, ya que es un fenómeno habitual en la Campania. Pero aquella noche, fue tan y tan fuerte, que se habría creído que, más que moverse todas las cosas se trabucaban. Mi madre entró brusca-mente en mi aposento. Yo, a mi vez, salía para despertarla si estaba dormida. Nos sentamos en el patio de la casa, que ocupaba un pequeño espacio entre las edificaciones y el mar. No sé si calificarlo de firmeza o de imprudencia —porque todavía no tenía los dieciocho años— lo cierto es que me llevé un volumen de Tito Livio y, como quien busca distraerse, me pongo a leerlo e incluso continuo haciendo extractos, tal como había empezado a hacer. He aquí

ut non moueri omnia sed uerti crederentur. inrumpit cubiculum meum mater: surgebam in uicem, si quiesceret, excitationis. resedimus in area domus, quae mare a tectis modico spatio diuidebat. dubito constantiam uocare an imprudentiam de-beam (agebam enim duodeuicensimum annum): posco librum Titi Liui et quasi per otium lego atque etiam, ut coeperam, ex-cerpo. ecce amicus auunculi, qui nuper ad eum ex Hispania uenerat, ut me et matrem sedentes, me uero etiam legentem uidet, illius patientiam, securitatem meam corripit. nihilo segnius ego intentus in librum.

Iam hora diei prima, et adhuc dubius et quasi languidus dies: iam quassatis circumiacentibus tectis, quamquam in aperto loco, angusto tamen, magnus et certus ruinae metus. tum demum excedere oppido uisum: sequitur uulgi attonitum, quodque in pauore simile prudentiae, alienum consilium suo praefert ingentique agmine abeuntis premit et impellit. egressi tecta consistimus. multa ibi miranda, multas formidines patimur. nam uehicula quae produci iusseramus, quamquam in planissimo campo, in contrarias partes agebantur ac ne lapidibus quidem fulta in eodem uestigio quiescebant. praeterea mare in se resorberi et tremore terrae quasi repelli uidebamus. certe processerat litus multaque animalia maris siccis harenis detinebat. ab altero latere nubes atra et horrenda ignei spiritus tortis uibratisque discursibus rupta in longas flammaram figuras dehiscibat; fulguribus illae et similes et maiores erant.

Tum uero ille idem ex Hispania amicus acrius et instantius 'si frater' inquit 'tuus, tuus auunculus uiuit, uult esse uos saluos; si perit, superstites uoluit. proinde quid cessatis euadere?' respondimus non commissuros nos ut de salute illius incerti nostrae consuleremus. non moratus ultra proripit se effusoque cursu periculo aufertur. nec multo post illa nubes descendere in terras, operire maria: cinxerat Capreas et absconderat, Miseni quod procurrit abstulerat. tum mater orare, hortari, iubere quoquo modo fugerem; posse enim iuuenem, se et annis et corpore grauem bene morituram, si mihi causa mortis non fuisset. ego contra, saluum me nisi una non futurum: dein manum eius amplexus addere gradum cogo. pareat aegre incusatque se, quod me moretur. iam cinis, adhuc tamen rarus: respicio; densa caligo tergis imminebat, quae nos torrentis modo infusa terrae sequebatur. 'deflectamus' inquam, 'dum uidemus, ne in uia strati comitantium turba in tenebris obteramur'. uix consideramus, et nox, non qualis in lunis aut nubila, sed qualis in locis clausis lumine extincto. audires ululatus feminarum, infantium quiritatus, cla-

mores uirorum; alii parentes, alii liberos, alii coniuges uocibus requirebant, uocibus noscitant: hi suum casum, illi suorum miserabantur: erant qui metu mortis mortem precarentur: multi ad deos manus tollere, plures nusquam iam deos ullos aeternamque illam et nouissimam noctem mundo interpretabantur. nec defuerunt qui fictis mentisque terroribus uera pericula augerent. aderant qui Miseni illud ruisse, illud ardere falso, sed credentibus nuntiabant. paulum reluxit, quod non dies nobis, sed aduentantis ignis indicium uidebatur. et ignis quidem longius substitit, tenebrae rursus, cinis rursus multus et grauis. hunc identidem adsurgentes excutiebamus; operi alioqui atque etiam oblisi pondere essemus. poseem gloriari non gemitum mihi, non uocem parum fortem in tantis periculis excidisse, nisi me cum omnibus, omnia mecum perire misero, magno tamen mortalitatis solacio credidissem.

Tandem illa caligo tenuata quasi in fumum nebulamue discessit: mox dies uerus, sol etiam effulsit, luridus tamen, qualis esse, cum deficit, solet. occurrabant trepidantibus adhuc oculis mutata omnia altoque cinere tamquam niue obducta. regressi Misenum curatis utrumque corporibus suspensam dubiamque noctem spe ac metu exegimus. metus praeualebat: nam et tremor terrae perseuerabat, et plerique lymphati terrificis uaticinationibus et sua et aliena mala ludificabantur. nobis tamen ne tunc quidem, quamquam et expertis periculum et expectantibus, abeundi consilium, donec de auunculo nuntius.

Haec nequaquam historia digna non scripturus leges et tibi, scilicet qui requisisti, imputabis, si digna ne epistula quidem uidebuntur. uale.

Sum ex iis qui mirentur antiquos, non tamen, ut quidam, temporum nostrorum ingenia despicio. neque enim quasi lassa et effeta natura nihil iam laudabile parit. atque adeo nuper audii Vergilium Romanum paucis legentem comoediam ad exemplar ueteris comoediae scriptam tam bene, ut esse quandoque possit exemplar. nescio an noris hominem. quamquam nosse debes: est enim probitate morum, ingenii elegantia, operum uarietate monstrabilis. scripsit mimiambos tenuiter, argute, uenuste atque in hoc genere eloquentissime (nullum est enim genus quod absolutum non possit eloquentissimum dici); scripsit comoedias Menandrum aliosque aetatis eiusdem aemulatus: licet has inter Plautinas Terentianasque numeres. nunc primum se in uetere comoedia, sed non tamquam inciperet, ostendit. non illi uis, non granditas, non subtilitas, non amaritudo, non dulcedo, non lepos defuit: ornauit uirtutes, insectatus est uitia, fictis non

que se acerca un amigo de mi tío, que había venido no hacía mucho de la Hispania a visitarlo, y al vernos sentados, a mí y a mi madre, y a mí todavía leyendo, nos reprobó a ella por su mansedumbre, y a mí por mi confianza. Yo seguí, con idéntica aplicación, imbuido en el libro.

Era ya la primera hora del día y sin embargo la luz era todavía dudosa y como lánguida. Los edificios adyacentes estaban tan resquebrajados que en aquel espacio descubierto, pero estrecho, el miedo a un descalabro era creciente y vivo. Al fin entonces nos pareció oportuno abandonar la villa. La muchedumbre nos seguía atónita; y como todo el mundo con miedo, tiene por prudente preferir el consejo ajeno al consejo propio, una gran masa humana acosó y obligó a partir a los fugitivos. Cuando estuvimos en despoblado nos detuvimos. Muchas cosas dignas de admiración, muchas cosas aterradoras nos sacudían. Pues los vehículos que por mandato nuestro nos precedían, a pesar de que el campo era muy llano, tomaban las direcciones más opuestas y ni calzándolos con piedras podían mantenerse quietos. Además veíamos el mar replegarse sobre sí mismo, como si lo rechazara el temblor de la tierra. Lo cierto es que la playa se había ensanchado, y que muchos animales marinos yacían secos sobre la arena. En el lado opuesto, una nube negra y horrible, hecha de remolinos de fuego retorcidos y vibrantes, se abría en grietas de llamas. Éstas eran, por su aspecto, parecidas a los relámpagos pero más grandes.

Entonces, en un tono más seco y más insistente, aquel mismo amigo de la Hispania nos dijo: «Si tu hermano, si tu tío vive, querrá que también os salvéis vosotros. Si ya ha muerto, querrá que le sobreviváis. ¿Qué esperáis pues para huir?» Respondimos que no lo haríamos, que sin saber nada de su salvación no pensaríamos en salvarnos nosotros. Él, sin esperar más, se fue, y, apretando el paso, se alejó del peligro. Esta nube tardó muy poco en bajar a la tierra y cubrir el mar; ya se había enriscado y tapaba Capri, y habiéndose deslizado por el promontorio de Miseno, lo escondía de la vista. Entonces mi padre me rogó, me suplicó, me exhortó, me mandó que huyera, como pudiera; porque yo era joven y podía hacerlo, que ella moriría tranquila, siempre que no fuese la causa de mi muerte. Yo, en cambio, no me quería salvar si no junto a ella. Luego, la tomo de la mano y la obligo a forzar el paso. Me obedece de mal grado, haciéndose reproches de ser una carga para mí. Ya comenzaba a caer ceniza, aunque poca. Me giro; por la espalda se acercaba una calina espesa, y escampándose por la tierra, a modo de torrente, nos acosaba. «Echémonos a un lado —dije— mientras aún veamos, para que, en el camino empedrado, la turba de los acompañantes no nos aplaste en las tinieblas». Apenas nos hubimos parado, se hizo de noche, no de noche sin luna o con nubes, sino como la que hay en los rincones cerrados cuando se apaga la luz. Sólo hubieras escuchado gemidos

de mujeres, gritos de niños, clamor de hombres: unos buscaban a gritos a sus padres, a los hijos, o a los cónyuges; los otros, a gritos, les respondían. Unos lamentaban su suerte, otros la de los parientes. Algunos por miedo a morir imprecaban a la muerte. Muchos alzaban las manos hacia los dioses; la mayoría tenía la convicción que nunca hubo dioses y que aquella era la eterna y última noche del mundo. Tampoco faltó quién con terrores fingidos y falsos aumentara los auténticos peligros. Algunos anunciaban a los crédulos la falsa nueva del derrumbamiento y el incendio de Miseno. De pronto, apareció una débil claridad que, más que el principio del día, parecía la señal de que el fuego se aproximaba. Y, sin embargo, el fuego se detuvo a lo lejos; después, otra vez las tinieblas, otra vez ceniza, espesa y densa. Nosotros de vez en cuando nos levantábamos para sacudirnosla; si no, nos habría cubierto e incluso ahogado con su peso. Podría, en verdad, vanagloriarme de no haber dejado escapar ningún lamento, ni un grito demasiado fuerte, en medio de tanto peligros, si no me hubiera sostenido, como compensación lamentable, pero confortadora, por su moralidad, la idea que todos y todas las cosas acababan conmigo.

Al fin se atenuó la calina y se desvaneció en una especie de humo y de niebla. Y vino un verdadero día; incluso brilló el sol, sombrío como suele ocurrir cuando hay eclipse. A nuestros ojos, aún parpadeantes, todo aparecía cambiado y cubierto como de una ceniza espesa. De regreso a Miseno, cuando hubieron comido, como pudieron, nuestros cuerpos, escindidos entre la esperanza y el miedo, pasaron una noche de ansiedad y de dudas. El miedo prevalecía, pues el temblor de tierra continuaba, y muchos, desatinados, se entretenían exagerando con terribles predicciones las desdichas propias y las ajenas. Pero, ni entonces que ya conocíamos y esperábamos el peligro, nos resolvimos a marcharnos, hasta que tuviéramos nuevas de mi tío. No has de leer esto, en absoluto digno de una historia, para aprovecharlo en tus escritos. A ti, que lo pediste, te corresponde hacerte cargo, si ni apropiado te parece para una espístola. Adiós. (Espístola VI, 20)

minibus decenter, ueris usus est apte. circa me tantum benignitate nimia modum excessit, nisi quod tamen poetis mentiri licet. in summa extorquebo ei librum legendumque, immo ediscendum, mittam tibi: neque enim futurum ut non deponas, si semel sumpseris. uale.

Iam dies alibi, illic nox omnibus noctibus nigrior densiorque, quam tamen faeces multae uariaque lumina solabantur. placuit egredi in litus et ex proximo adpicere, eequid iam mare admitteret, quod adhuc uastum et aduersum permanebat. *ibi super abiectum linteum recubans semel atque iterum frigidam poposcit hausitque.* deinde flammae flammarumque praenuntius odor sulphuris alios in fugam uertunt, exitant illum. innixus seruis duobus adsurrexit et statim concidit, ut ego coniecto, crassiore caligine spiritu obstructo clausoque stomacho, qui illi natura inualidus et angustus et frequenter interaestuans erat. ubi dies redditus (is ab eo quem nouissime uiderat tertius), corpus inuentum integrum, inlaesum, opertumque ut fuerat indutus: habitus corporis quiescenti quam defuncto similior.

Interim Miseni ego et mater — sed nihil ad historiam, nec tu aliud quam de exitu eius scire uoluisti. finem ergo faciam. unum adiciam, omnia me quibus interfueram quaeque statim, cum maxime uera memorantur, audieram persecutum. Tu potissima excerptes. aliud est enim epistulam aliud historiam, aliud amico aliud omnibus scribere. uale.

iussit in ea quae solo continerentur, deforme arbitratu (et erat) honorem petituros urbem Italiamque non pro patria, sed pro hospitio aut stabulo quasi peregrinantes habere. concursant ergo candidati: certatim quidquid uenale audiunt emptitant quoque sint plura uenalia efficiunt. proinde si paenitet te Italicorum praediorum, hoc uendendi tempus tam hercule quam in prouinciis comparandi, dum idem candidati illic uendunt, ut hic emant. uale.

Plinio EL JOVEN *Cartas I*, B Editorial Alpha, 1927. (Col·lecció Bernat Metge, 25). Pgs. 43-46.